

**ESTEBAN  
CHARPENTIER**

**LAS MANOS  
DEL QUE ESCRIBE  
LOS OJOS  
DEL QUE LEE**

**ILUSTRACIONES DE ALLAN MCDONALD**



tequisté

**LAS MANOS  
DEL QUE ESCRIBE  
LOS OJOS  
DEL QUE LEE**

## Las manos del que escribe, los ojos del que lee

© de los textos: Esteban Charpentier, 2024

© de las ilustraciones: Allan McDonald, 2024

© de esta edición: Editorial Tequisté, 2024

Corrección: M. Fernanda Karageorgiu

Diseño gráfico y editorial: Alejandro Arrojo

Foto de Esteban Charpentier en solapa: Maximiliano Faila

Este libro se diseñó utilizando las siguientes tipografías:

Basic Sans, diseñada por Daniel Hernández

Citrus Gothic, diseñada por Adam Ladd

1ª edición: febrero de 2024

ISBN: 978-987-8958-55-2

Editorial Tequisté:

[hola@tequiste.com](mailto:hola@tequiste.com)

[www.tequiste.com](http://www.tequiste.com)

 @tequiste

 @tequiste

 @tequisteeditorial

 AR +54 9 11 6154 5552

ES +34 657 20 65 99

Se ha hecho el depósito que marca la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su tratamiento informático, ni su distribución o transmisión de forma alguna, ya sea electrónica, mecánica, auditiva, digital, por fotocopia u otros medios, sin el permiso previo por escrito de su autor o el titular de los derechos.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

Charpentier, Esteban

Las manos del que escribe, los ojos del que lee / Esteban Charpentier ; Ilustrado por Allan McDonald. -

1a ed - Pilar : Tequisté. TXT, 2024.

110 p. : il. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-8958-55-2

1. Cuentos. 2. Literatura Argentina. 3. Narrativa. I.

McDonald, Allan, illus. II. Título.

CDD A863

*A mis hijas, Alma y Belén.*

*A mi esposa, Claudia.*

*A la memoria de Pablo Stalman y  
Peter Tjebbes.*

*A Griselda García y Mariela Palermo,  
por su ayuda profesional.*

*A Allan McDonald, por sus maravillosas  
ilustraciones.*

*A los personajes de este libro que  
reclamaban conocer lectores.*

*Y a ustedes lectores que completan el  
sentido de estos cuentos.*

# ÍNDICE

<b>PRÓLOGO</b>	<b>9</b>
<b>MIRADOR</b>	<b>15</b>
<b>PATRICIO ARCADIO</b>	<b>21</b>
<b>EMPATE TÉCNICO</b>	<b>29</b>
<b>LUNÁTICOS</b>	<b>35</b>
<b>ULISES</b>	<b>37</b>
<b>SERRAMBI</b>	<b>41</b>
<b>EL RAMBLER</b>	<b>45</b>
<b>TESTIGO</b>	<b>51</b>
<b>PAJARERAS</b>	<b>59</b>
<b>EL TATUAJE</b>	<b>63</b>
<b>NADIE ES PROFETA EN SU TIERRA</b>	<b>73</b>
<b>YO RAYUELO, TÚ RAYUELAS, ÉL RAYUELA</b>	<b>83</b>
<b>PERIPLA</b>	<b>87</b>
<b>EL OJO ABIERTO</b>	<b>97</b>
<b>SOBRE ESTEBAN CHARPENTIER</b>	<b>105</b>
<b>SOBRE ALLAN MCDONALD</b>	<b>107</b>

## PRÓLOGO

**M**e encuentro ante un texto audaz, sin desperdicio alguno de su peculio verbal. *Las manos del que escribe, los ojos del que lee* del escritor argentino Esteban Charpentier adentra a los lectores en un mundo que casi casi roza con el absurdo, pero que termina amparándose en lo eminentemente humano. Es decir, que no se puede salir incólume del acto de la lectura sin sentirse compenetrado, compelido o cómplice. De ahí se podría derivar una ética lectoral que permita esa necesaria transacción de lectura que implique a los lectores de una forma efectiva. A lo que me refiero, en resumidas cuentas, es que los catorce cuentos que constituyen esta singular colección de narraciones, una vez leídos, se encamina a esa necesaria refiguración de lectura preconizada por Paul Ricoeur: retomamos el cuento y lo reescribimos. La mirada y la escritura son los *leitmotiv* alrededor de los cuales se nuclea el proceso mismo de la narración. Es por ello que el autor recurre a los juegos multiperspectivistas, al giro inesperado de los acontecimientos o a la circularidad de corte borgeano, en el que no se

puede distinguir lo creado de quien lo crea. La propia narrativa de este libro nos lanza a lo que Jean-Francois Lyotard llama el diferendo. Las situaciones y personajes en conflicto en estos cuentos no pueden resolver sus diferencias, debido a la falta de un marco común de referencia o un lenguaje compartido. Como si el narrador implícito nos condujese hacia un *trompe l'oeil* (trampantojo) para confundir la percepción del espectador (el lector) y crear una sensación de asombro. Es imperioso apuntar que —salvo el primero, intitulado, “Miradas”, que tiene a Fernando Pessoa como protagonista— lo relatos de *Las manos del que escribe, los ojos del que lee* están inscritos en plena época actual. Por lo que hay referencias a vehículos de motor, a la pandemia del Covid-19, al mundo de los tatuadores, a los medios de comunicación masiva, a la computadora, a la inteligencia artificial, etc. En medio de esta amalgama de cuestiones tecnológicas, movilidades, tragedias, sorpresas inesperadas, noticiarios, viajes o periplos, se imponen temas como la incertidumbre, la alienación, las desigualdades sociales, la indiferencia, el aislamiento, la artísticidad y el cuestionamiento de la creatividad. Puedo mencionar algunos cuentos específicos que llamaron poderosamente mi atención. En “Patricio Arcadio”, nunca llegamos a conocer al personaje que da título al relato. Las tres cartas que figuran aquí, de tres mujeres que se relacionan de alguna manera con este

personaje, ofrecen un retrato fragmentario que siempre mayor duda sobre la veracidad de lo contado. Patricio es una figura espejeante que oscila en la escritura de tres narradoras infidentes que dejan plasmados sus propios dilemas y sombras personales. “Testigo” nos ofrece la visión de un periodista coreano, cuya condición de huérfano circunscribe sus circunstancias a una determinada visión de mundo. Su viaje a Suramérica, que pretendía un encuentro familiar, se frustra, convirtiéndolo en un turista, en un *flâneur*, que se mueve entre la conmiseración ante una tragedia y la absoluta insensibilidad ante la misma. “Yo rayuelo, tú rayuelas, él rayuela” es un hábil ejercicio intertextual que convoca el ludismo cortazariano, con tintes borgeanos, que recuerda el relato “El sueño de la mariposa” de Chuang Tzu. En definitiva, quién sueña a quién es el dilema fenomenológico que se plantea aquí. Al final del este relato, Charpentier, como astuto escritor, nos ha deparado su mayor sorpresa.

Se trata del cuento “El ojo abierto”, un excelentísimo y antologable cuento que traza los límites del terror a la página en blanco y la recurrencia a la inteligencia artificial, que más que una fábula premonitoria, se erige como una sátira devastadora de la condición del escritor y la propia ontología del acto escritural. En definitiva, cada relato de *Las manos del que escribe*, los

*ojos del que lee* es un espejo en el que podemos vernos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea. A medida que avanzamos en estas páginas, se exploran matices de la realidad que cuestionan nuestra condición humana y nuestra manera de interactuar con el mundo de la experiencia. Los cuentos son reflejos cargados de reflejos de nuestra cambiante contemporaneidad. En ellos, habrá o no respuestas; o tal vez, preguntas imperiosas donde el lector deviene escritor... o quizá, lo contrario. ¿Quién escribe a quién?

**Alberto Martínez-Márquez**

CATEDRÁTICO UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO EN AGUADILLA

**ESTEBAN  
CHARPENTIER** **LAS MANOS  
DEL QUE ESCRIBE  
LOS OJOS  
DEL QUE LEE**

■ ILUSTRACIONES DE ALLAN MCDONALD



tequisté



*Si nuestra vida fuese un eterno estar en una ventana...*

FERNANDO PESSOA, *Libro del desasosiego*.

## MIRADOR

**P**essoa mira por unas ventanas. En portugués persona es 'pessoa', mirar es 'olhar' y ventanas, 'janelas': persona mirando por unas ventanas. Pero una ventana por la que mira este pequeño escritor tiene que significar más que esa imagen minimalista. Sin dudas, enfrente no hay un mar o un paisaje verde. Lo que mira debe ser un edificio de departamentos de la vieja Lisboa. Solo tiene balcones en los pisos impares. Los pares exhiben unas esculturas de hombres con barba y hojas de robles en las partes. Dos, en el segundo piso y dos, en el cuarto. No están ubicados simétricamente entre sí, dan sensación de movimiento; a veces, de descanso. En la cabeza de uno de ellos hay un nido de hornero con la entrada que mira al este. Los balcones tienen macetas con malvones. Los del quinto son blancos. Allí también hay dos sillas en cada punta con una sogá fina atada entre ambas, de la que cuelgan unas medias y dos conjun-

tos de ropa interior femenina. Uno de lunares negros sobre celeste, el otro blanco.

Pessoa se aproxima al vidrio, levanta un pie y se sienta en su puesto de observación. Le hubiera gustado ser más alto o tener dónde subirse para ver. Teme ser sorprendido espiando. Pero el lugar es una galería de arte donde hoy se exponen fotografías de ciudades turcas y no cree que haya más visitantes. La ventana del balcón con malvones blancos y corpiños se mueve, sus postigos se abren. La ventana propiamente dicha se cierra. Parece que la intención era dejar entrar la luz, no el aire. Hace frío, piensa Pessoa, es una pena que el vidrio no deje ver más. Imagina que su figura no debe sobresalir mucho por lo alto de las ventanas y porque él es casi un enano.

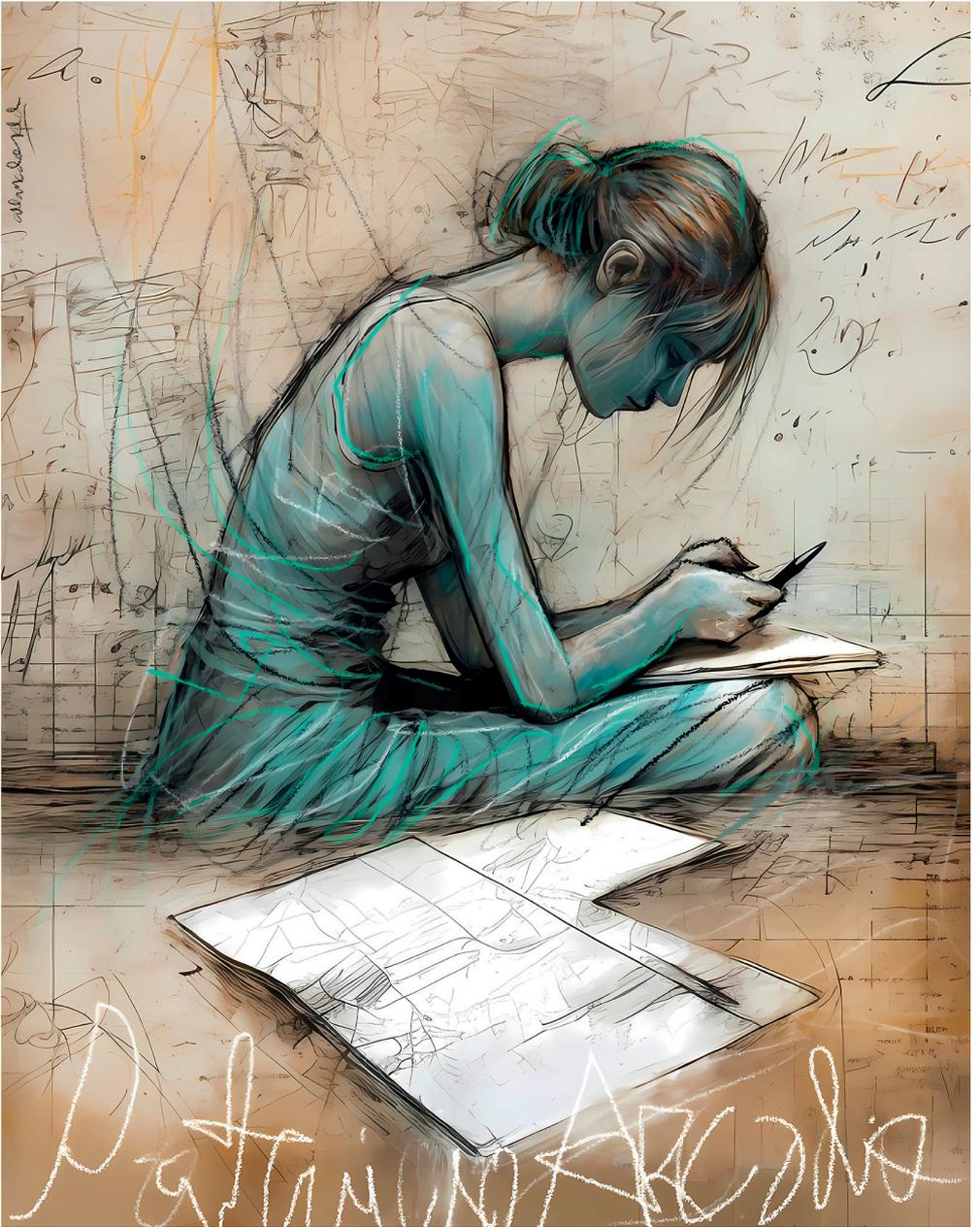
Se pregunta cuál es el objetivo de construir un edificio donde las ventanas sean tan altas, ¿será para evitar que uno mire al edificio de enfrente? Es raro, porque desde donde él mira, toda la pared es ventana. Vuelve a lamentar no ser más alto. Percibe otro movimiento allá, esta vez en el cuarto. Un hombre se asoma a la ventana, saca medio cuerpo afuera y mira hacia arriba. A Pessoa no le queda claro si busca a alguien en el balcón de los malvones blancos, o si mira el cielo. Vuelve adentro. Pessoa especula que desde el cuarto se deben escuchar bien las pisadas del quinto. Tacones altos, piensa.

Como si hubiera sido una coincidencia, se abre la ventana del balcón del quinto. Sale una mujer con cabello enrulado. Corre el corpiño a lunares y se asoma. Primero mira el cielo, después hacia los costados y hacia abajo: al cuarto. Antes de volver adentro mira enfrente. Pero, sin que sea decisión suya, una fuerza la hace cruzar la vista al museo —como le gusta llamarlo a ella— desde donde la mira un hombre bajo. Mira al tercero, el piso de las ventanas: las únicas de un edificio construido cincuenta años atrás. En el aire hay dos miradas acróbatas: La de él, que busca que la de ella se cruce con la suya; la de ella, dirigida hacia esa fuerza que sentía que la estaba mirando. Pessoa se repliega; la energía le hace dar un paso atrás, pero decide volver a la carga y levanta su otro pie, el izquierdo. De esa manera puede estar más alto. Ella, sin querer, también se eleva. Pisa un cajoncito de madera que hay cerca. Lo dejó el encargado cuando subió los malvones y le dijo: “Te traje los blancos, querida, son especiales”. Una de las maderas del cajón se quiebra y ella tambalea. Pessoa hace un gesto de equilibrio sintomático. Ninguno de los dos cae. Recuperan el equilibrio, como si se dieran la mano. Por unos segundos se quedan mirando sin parpadear. Entonces alguien entra en la sala de las fotografías: “Señor, estamos cerrando. Si quiere puede dejar sus datos para recibir información sobre futuras muestras”.

“Claro –contesta Pessoa–, mi nombre es... Alberto Caeiro y estoy muy interesado en lo que vi. Le suplico me tenga al tanto de cualquier cosa que exhiban”.

Pessoa finge una vez más. Mira hacia las ventanas como buscando una respuesta meteorológica. Le cuesta volver a ubicar el balcón de los malvones blancos junto al hombre grande sosteniendo una cesta con frutas. La ventana está cerrada, las sillas juntas y no hay rastros de la ropa tendida. Los postigos están entornados. Al salir a la calle, vuelve a mirar. Pero nunca tuvo buena vista, menos de lejos y desde abajo.

Lisboa, como siempre, tullida de nubes y frío. Las baldosas flojas y mojadas, desierta la calle. Sigue caminando con las manos metidas en el sobretodo y el sombrero bajo. Imagina que al llegar escribirá un poema. Antes de sentarse al escritorio frente a un espejo, toma tres cafés. A eso de las dos de la mañana escribe la palabra ‘janela’ y, a partir de ahí, no deja de escribir. Cuando levanta la mirada se da cuenta de que aún tiene el sombrero puesto. No le importa. Tampoco el sol que entra.



BUENOS AIRES, 7 DE AGOSTO

## PATRICIO ARGADIO

**A**mor, los años que llevamos juntos justifican estas líneas. Espero que el correo cumpla con lo prometido y te llegue mi carta antes que la de ella. No es que no sepas lo que estoy por escribir, sino que, cuando tuve la oportunidad de decírtelo cara a cara, un gesto tuyo me impidió seguir. Ella seguramente te dará argumentos similares y vas a tener que erigirte en el juez que descubra la verdad entre líneas. Te preguntarás cómo sé yo que te va a escribir o que, teniéndote frente a frente, calló traicioneramente lo que iba a decirte. Eso es lo que hace que yo me vea en la obligación de darte mi versión de los hechos. Para ser directa tengo que confesarte que fui a verla; revisé entre los papeles de tu escritorio y en una agenda del 2009; encontré la dirección y el celular y la llamé. Qué casualidad, pensarás, que justo ese año fue el del viaje que hicimos a La Paloma, del que volvimos pensando en lo que ella nos había hecho, con la sensación de que

lo nuestro iba a ser interrumpido, necesariamente, por alguna decisión conjunta. Lo cierto es que cuando le pedí una cita, ella accedió de inmediato, supongo que deseaba con todas sus fuerzas confirmar que yo era más vieja, más fea, insípida, poco digna de tu amor. A mí no me importaba darle el gusto, total solo se trataría de impresiones y estados de ánimo. Fui hecha una reina y lo notó ni bien me senté en el café de Callao y Bartolomé Mitre. El encuentro fue corto, ella fue contundente: “Patricio es mío”, dijo “y si no lo dejás, pienso asesinarlo”, dicho lo cual se levantó y se fue.

Si no supiera que está loca la hubiera detenido antes de que saliera del bar y le hubiera dado un *cross* de derecha en la mandíbula. Pero me quedé sentada mirando su pollera de la que colgaba la mitad del ruedo, por desidia, supongo, ya que toda ella era un desastre. Solo eso te quería avisar. No creo que haga nada, yo tampoco pienso dejarte, salvo que le tengas miedo a la loca. El viernes viajo a Rosario y lo hablamos, te extraño tanto. Besitos, amor. Tu princesa.

**Patricio:**

Voy a intentar serenarme para escribirte. El otro día estuve a punto de decírtelo, pero se me hacía tarde para una cita que tenía en Callao y Bartolomé Mitre. Reconocerás el lugar. En ese bar me pediste un tiempo para pensar y yo accedí, segura de que tu confu-

sión sería momentánea y de que, ante cualquier rival que decidieras interponerme, yo obtendría una victoria estrepitosa que nos ligaría para siempre. De esa tarde ya pasaron dos años y confieso que la espera se me ha hecho difícil. Los meses que estuve internada y la rehabilitación hicieron que se pasara vertiginosamente el tiempo, pero ahora que estoy de alta, estoy decidida a recuperarte. Tu amiguita me llamó por teléfono. La muy irrespetuosa me dijo que necesitaba verme, hablar conmigo. Era mi oportunidad de ponerle los puntos sobre las íes a esa pendejita barata. La cité, como ya te dije en nuestro bar. Patricio, nuestro encuentro casual unos minutos antes fue un presagio de que lo nuestro iba a ser posible. La médica que me atiende ahora dice que, si me lo tomo con paciencia y sigo el tratamiento, estaré casi lista para volver a encarar una relación sentimental. Hace un mes y medio me compré una mascota, un perrito, de esos que llevas a todos lados en los brazos. Parecido, qué digo parecido, igual al de Susana Giménez, te acordás, Jazmín. Bueno, como te contaba, la muy turríta se fue como si tuviera una primera cita con Brad Pitt, y yo hecha una loca: se me había enganchado el vestido al bajar del taxi después de verte. Los nervios, supongo. El asunto es que se veía a la legua que venía a decirme que lo de ustedes era en serio, que lo nuestro ya era historia, que estaba embarazada, supongo. Por-

que esa panza no podía ser de otra cosa, ¿te lo habré dicho la turríta? Bueno, la cosa es que decidí hacerlo rápido. Antes de que se acomodara en esa estúpida alegría que portaba en la carita berreta esa que tenía, le dije que si seguía jodiendo le iba a meter cuatro corchazos. Te lo cuento porque te va a ir con la historieta y quiero que lo sepas de mi puño y letra. Que quede escrito y todo. Que encuentren esta carta y que me busquen. Una chica que estaba conmigo en el internado hizo lo mismo y ahí anda la guachita, feliz de la vida, con la venganza consumada y, encima, el tipo la visita lleno de culpa. Así que, nada más, espero que nos veamos pronto, yo no tengo pensado viajar a Rosario por el momento, pero si es necesario me tomo el bondi y los visito. Sino te espero para mi cumpleaños, ¿te acordás, no?, el 8 de abril, en la casa de mamá. Chau, mi vida, te espero. Lau.

**Patricio:**

Buenas noches, ¿cómo está? Me tomo el atrevimiento de escribirle estas breves líneas, movida por un espíritu solidario en el año que se inicia. Trabajo en la sección Cuentas pymes del Banco Nación en la sucursal de Bartolomé Mitre y Callao. No se asuste, no es un mail ofreciéndole productos. Lo que le quiero contar le va a parecer extraño, pero me sucedió hace unos días en el bar que está enfrente del Banco. Siempre

me escapo un rato para tomar un café con leche a la hora de salida e intento leer alguna novela policial. Estaba sentada junto a una ventana y había una mujer a mi espalda. Lo noté porque a cada rato movía la silla y golpeaba la mía. Una vez le pedí que por favor tuviera cuidado. No lo tuvo. Siguió. Al rato llegó otra, más joven. Se sentó en la misma mesa y comenzaron a hablar. Para mi gusto, a los gritos. Será que en el banco acostumbramos a hablar bajito. Si me permite, debo decirle que hablaban de usted. Dijeron su nombre, su apellido, sus habilidades y defectos a la hora del amor, sus obstinaciones.

Yo hubiera preferido seguir con mi libro. Arranqué con uno de Chandler y la verdad es que no podía pasar de página. ¿Conoce a Chandler? Al rato noté que diagramaban un plan que, según decían, iba a arruinarle la vida. Las dos coincidieron en que no le perdonarían su traición de irse a vivir a Rosario. Por lo poco que las oí, sepa disculpar mi atrevimiento, se fue cerca. Ahí mismo comenzaron a dictarse dos cartas que iban a enviarle. Tenían papel y sobre. La más vieja llevaba la batuta. La otra escribía más lento y tuvo que dictar y deletrearle, o indicarle la ortografía de algunas palabras. “Te dicto la dirección”, le dijo más fuerte todavía. Y todo el bar podría haber tomado nota, aunque yo sola lo hice, decidida a advertirle del plan de esas dos chirusas de cuarta (perdón por la expresión). Que lo

iban a matar, que una iba a matar a la otra, y otras cosas peores que entre risas decidieron no poner. No lo tome a mal, no soy chusma ni curiosa, pero la situación me llevó a tomar parte. Intuyo que usted es un hombre de bien y que no se merece ese trato, por eso me animé a mandarle estas líneas. Además, hace unos días me propusieron un pase a Rosario y usted sabe... el mundo es tan chico. ¡Cúidese, Patricio! La gente está muy loca. Ah, y si algún día necesita algo del Nación, ya sabe, voy a estar por allá en mayo. Saludos, Noemí Paula Vargas.



almond-112

## EMPATE TÉCNICO

**E**ra el día del padre y a él no le tocaban los chicos. La mujer se opuso a que fijaran los domingos en el régimen de visitas porque ese día ella va a lo de los padres en una isla del Tigre. Dio la casualidad de que un amigo lo invitó a dar una vuelta por el Delta, lo que lo hizo sentir más cerca de los chicos. El timonel estaba distendido, manejaba de taquito, como decíamos de chiquitos. El copiloto, en cambio, parecía todo lo contrario. Sacaba un papel del bolsillo de la chaqueta escarlata que ambos llevaban como uniforme y anotaba, como si fuera imperioso no olvidar lo que le venía a la mente.

Algunas veces sacaba el papel y simplemente lo miraba, pero el gesto nervioso se mantenía en los movimientos. Mi amigo insistía en que discutiéramos de algo, daba lo mismo, de fútbol, de política o de mujeres. Era parte de su personalidad llevarme la contra en todo. Esa vez, restando unas cuantas horas para llegar a Martín García y emprender el regreso, decidí hacerle el juego.

—¿Qué pensás que escribe el que está parado al lado del timonel? —pregunté. Lucho no tenía ni la menor idea de lo que le preguntaba. Él no es observador ni

mucho menos curioso. Pero puede que lo tentara mi iniciativa para empezar nuestro pleito.

—¿El de la chaqueta borravino? —preguntó.

—Sí, el de escarlata.

Se tentó en discutir sobre el color, pero luego de mirar un ratito al personaje en cuestión ya tenía una hipótesis.

—Una carta —dijo— a una amante que lo abandonó hace tiempo, a quien quiere recuperar merced a sus dotes de escritor frustrado.

No estaba mal la respuesta, pero como mi objetivo era pelear un poco negué con la cabeza antes de que él terminara.

—Para mí está evaluando al que maneja con unos requisitos que le piden para habilitarle la matrícula.

Lucho pegó una carcajada que hizo que ambos, timonel y copiloto, giraran y buscaran con la mirada nuestro asiento en la segunda fila.

Su teoría era bastante cercana a lo que yo hubiera dicho y creo que él lo sabía; lo dijo para molestar-me. De modo que yo contesté lo que suponía que un tipo como él, negado al romanticismo y la metáfora, hubiera elucubrado de haber sido las cosas como debían. Siendo que los roles estaban invertidos, a ambos se nos complicaba dar los fundamentos de nuestras conclusiones. Subí la apuesta y le dije que sí, que me parecía que tenía razón y que lo que el tipo de borravino estaba escribiendo era seguramente un

poema o algo parecido. Mi amigo no se amedrentó y de inmediato dijo que lo que hacía el de escarlata, ahora que miraba mejor, era llenar alguna planilla que la compañía de seguros pedía para verificar la capacidad del timonel.

—Entonces, ¿cómo seguimos?, ¿le preguntamos?

Lo apuré con una apuesta:

—El que pierde se pasa dos días en Martín García sin el celular ni nada, ¿te animás?

—Obvio —dijo, agregando que seguro ganaba, como siempre.

Al llegar a la isla, escuchamos las indicaciones del guía; podrían ser de utilidad para el que perdiera la apuesta. No había casi nada ahí, el lunes se volvían todos y quedaban los cuidadores de las propiedades y el de seguridad de la cárcel convertida en museo.

—Si Frondizi estuvo un año y medio, cómo no vas a aguantar vos dos días —dijo Lucho con sorna.

Yo estaba sin trabajo. A los chicos recién los vería el miércoles a la salida del colegio y después el sábado a la mañana. La propuesta era tentadora, solo que tenía miedo de que los de la Cachola contaran a los tripulantes antes de volver o que la guardia de gendarmería vigilara que nadie quisiera pasarse de listo en una reserva natural.

Mientras hablábamos, bajaron dos o tres helicópteros. Había leído en la revistita que, cada tanto, tipos

con mucha plata iban a comerse un asadito.

Estaba seguro de que el papel sobre el que apostamos era algo de amor y no un vulgar trámite administrativo, lo que me haría ganador de la competencia. Si Lucho ganaba, no iba a poder cumplir la apuesta porque al día siguiente tenía como veinte turnos agendados, según me dijo, para cambiar amortiguadores de la flota de YPF.

Bajamos últimos del bote y atrás bajó el juez de nuestra disputa.

Con las debidas disculpas y respeto me le acerqué cuando metía por última vez el maltratado papel en el bolsillo. Lucho se me adelantó y lo encaró sin reparos: —Ese papel, ¿se puede saber qué es? Con mi amigo hicimos una apuesta.

—Es una lista de cosas que tengo que comprar cuando volvamos. Mi mujer es fanática del puerto de frutos y tiene un pequeño emprendimiento. Vende cosas del Tigre. Pero nunca me da una lista, antes de salir me recita un montón de cosas y yo voy anotando a medida que me acuerdo. Y, ¿quién ganó? —preguntó el tipo mientras se sacaba la chaqueta.

Le agradecí y le dije que ninguno había acertado y que eso nos condenaba a inventar otro tema de discusión para la vuelta.

—Salimos a las cuatro y media puntuales. No salimos hasta no estar seguros de que estaban todos a bordo.

Nunca falta el que se queda para hacerse el gracioso  
o cazar un ciervo.



almondcell

## LUNÁTICOS

**L**os norteamericanos volvieron a pisar la Luna. Esta vez en un desierto de Catamarca. Allí sembraron la primera rosa lunar, de la que se vendieron dos millones de réplicas, solo en el estado de Florida. Es raro, se ve por la tele que la rosa no tiene espinas y que los pétalos que se le caen, al otro día ya no están en el piso.

## ¡Me gusta, quiero seguir leyendo!

Para terminar de leer este libro puedes adquirirlo en alguna de las siguientes tiendas online del mundo, tanto en papel\* como en eBook.

\*Para la versión en papel busca la mejor opción según tu lugar de residencia, teniendo en cuenta el envío.

amazon

Google Play  
Books

Apple Books

Gonvill

mercado  
libre

BojaLibros.com

El Corte Inglés

Casa  
del  
Libro

Podi books

SCRIBD

librerías  
gandhi.

libreriadelaU

BARNES & NOBLE  
BOOKSELLERS

fnac

cúspide

BUSCALIBRE.COM

compra directa con descuento solo para Argentina:

[www.tequistelibros.com](http://www.tequistelibros.com)

tequisté